

lla,» que blanqueaba en el fondo gris del firmamento, gritó: «¡¡Llegamos!!» con la más regocijada voz que pudo tener en la garganta para expresar el peso que se le quitaba de encima con salir de aquella obscuridad siniestra y pavorosa.

Y corrieron, corrieron hasta tomar la entrada del puente «García,» á tiempo que en las calles comenzaron á encenderse los faroles de trémulos parpadeos, y en el campo, que atrás dejaban, á monodiar su canción nocturna el grillo incesante y fatídico. . . .



fué aquel día el último de exámenes en la escuela de Don Facundo; pasaron los actos escolares, monótonos y fastidiosos, en los cua-

les la memoria de los chicos hizo prodigios con beneplácito del maestro, que no cabía en la ropa de puro gozo, y con satisfacción y contento de los muchachos, que recibían en premio de sus afanes, cuando una peseta de uno que otro sindal desprendido y bonazo; cuando una felicitación declamatoria del Alcalde; cuando unas palmaditas en los carrillos por parte del Regidor; que con tal caricia gatuna daba á entender, ya que no se podía expresar con palabras, que con el tiempo sería un sabio; este ó aquel alumno.



Como el hijo del Regidor, Panchito formaba número entre los escolares que presentaron examen, el Sínodo concedió casi todos los premios al encopetado mozalbillo, á despecho de la memoria de Chencho y de la claridad, precisión y tino en las respuestas de «Pajarito;» el maestro, que ya no miraba con buenos ojos á Panchito, porque á la postre supo que en él tenía un espía, procuraba preguntarle lo más intrincado y obscuro para que se aturrullara y se fuera por los cerros de Ubeda; pero allí estaba el Sínodo que sacaría del atolladero al desviado muchacho y lo traería fuera del punto de la dificultad, sin rodeos y con andaderas, por lo cual ganaba ventaja sobre de sus compañeros en las discutidas calificaciones; esto no obstante, el mismo Sínodo dió un informe amplio y hñbróso de Chencho, de «Pajarito» y hasta del zoquete de «Pepe Palitos,» que gracias á que le soplaron de lo lindo salió airoso de todas las pruebas; «Luis Catorce» acertó á de-

cir: 7 y 7, 14, por caerle en suerte esta pregunta en el momento de la tabla, que si no, ahí saldría con un despropósito de aquellos que le valieron el mote; por esta victoria, todos se pavoneaban y miraban de soslayo y con burlona sonrisa al hijo del Regidor, que mucho se engreían por el lujo de sus vestidos y por la parcialidad y empeño de los sinodales para llevarlo adelante en el examen.

Dióse por terminado el acto; el Alcalde, con voz muy hueca, para hacerla respetable, apretando las quijadas y moviendo los brazos, echó un discurso á escolares y concurrencia; estimulando á los primeros al estudio, con palabra temblona y deshilvanada; ofreciéndoles premios y recompensas, y para finalizar su titubeante perorata, hizo un elogio del maestro, tan alto y llenó de ditirambos, que parecía dicho á Séneca, el gran maestro de Nerón, ó á Aristóteles, el no menos digno instructor de Alejandro Magno; pues por entonces no salían en



arengas públicas los nombres de Pestalozzi y de Froebel, muy manoseados hoy en estos asuntos de instrucción.

El Regidor se puso en pie para informar, en lacónico aviso, que los escolares entraban en vacaciones; declaración que llenó de júbilo á toda la sala atestada de muchachos vestidos de ropa nueva.

Y terminó el examen; se marcharon los sinodales, que fueron despedidos con reverentes saludos por Don Facundo Marmolillo, quien volvió al salón con la alegría de verse libre por dos meses de aquella legión de demonios; mandó salir á sus discípulos en grupos que al tomar la puerta formaban apretados pelotones; aquella era una zarabanda por el ruido con que cerraban las carpetas, golpeaban los bancos, amontonaban los libros y metían y sacaban las menudencias con que entretuvieron sus ocios y perezas en los ratos en que Don Facundo se metía á pergeñar artículos de periódicos y á leer hojas volantes de descomunales con-

troversias; y la baráunda se seguía sin temor á castigos ni miedos á reprimendas, que estaban libres de toda tutela y fuera de todo yugo; ante ellos se extendía la perspectiva atrayente de dos meses de vacaciones, y la esperanza, pronta á ser realizada, les llenaba de alborozo y les hinchaba de contento. . . . .

«¡Vacaciones!» . . . . . ¡Palabra mágica que hace olvidar los acatamientos y los regímenes en las horas de la escuela, y trae á la imaginación un programa y un catálogo de regocijados juegos, en los cuales no hay medida de tiempo ni rigorismos de vigilancia, porque el espíritu, á igual que el cuerpo, sin trabas ni valladares, corre, vuela, salta, se espontanea y se dilata en una larga y bulliosa holganza!

Era de verse aquella salida de pájaros que se les abre la jaula para que tomen el aire libre, el campo florido, la rama trémula, el sol rutilante, la vereda espacio-



sa y sombreada y el río onduloso y ancho.

Unos llevaban abultado rimero de libros debajo del brazo; otros tinteros, plumas y pizarrines para garrapatear su antojo de cosas prohibidas en la escuela; las carpetas quedaban vacías de esas mil pequeñeces que utilizan los muchachos para perder el tiempo en la primera ocasión que hallan á espaldas del maestro.

El hijo del Regidor tenía cierto rescondo con «Pajarito» porque el maestro había encomiado las buenas cualidades de huérfano, y, aunque para Panchito habían sido los mayores premios, esta misma preferencia hacía que el muy vanidoso se sintiera humillado con que el maestro no lo hubiera incluido en el número de los alumnos aplicados y atentos.

Con este reconcomio salió el hijo del Regidor rodeado de una cola de rapazuelos que diariamente traía á la zaga en la entrada y salida de la escuela, riéndole

sus necedades, elogiándole sus saberes y alabándole su petulancia.

En otro grupo iban Chenchó, «Pajarito», «Luis Catorce» y «Pepe Palitos» — que siempre andaban juntos — haciendo mil proyectos á cual más seductores, y discutiendo jiras y excursiones para cada uno de los días de vacar en aquellos dos meses; el primer día querían dedicarlo á la pesca en bote; cosa que se desechó por lo caro que resultaba el alquiler de tal embarcación para los escasos bolsillos de los pobres rapaces; en seguida se optó por ir á tirarle con cerbatana á los pajarillos por la «Ciénega», en la mañana, y por «La Candelaria», en la tarde; la cuestión de hora y de lugar trajo disparidad en las opiniones; entonces, Chenchó, con su autoridad de siempre, al ver que ninguno tenía igual deseo ni pedía idéntica fiesta, sino que todos andaban opuestos en gustos y contrarios en ideas; propuso que se bañaran en el río á mañana y tarde, con lo que contó por lo sa-



no; pues el divertimento que proponía era barato, alegre, bullicioso y refrescante.

Estaban en éstas, cuando pasó cerca de ellos el lomienhiesto del hijo del Regidor; al verlo Chencho, dijo consorn-

«¡Ai va ese aventáo!» . . . . .

Todos se rieron de la arrogancia del mozalbeta y aplaudieron la salida de Chencho; burla que irritó á Panchito quien, con encendido coraje, se acercó á «Pajarito» y le gritó con petulancia:

«¡Peor tú que no conoces á tu padre!» . . . . .

Oírlo el huérfano y encendersele la sangre, todo fué uno; apretó los puños puso fiero el ceño é hizo ímpetu de arrojarse sobre el insolente; pero en aquel momento la ofensa echada al rostro como un escupitajo, llevó á su mente la larga y miserable existencia pasada al lado de su pobre madre; las privaciones y las escaseces; la ausencia remota de su padre . . . ¿Quién era su padre?» . . . Nun-

ca se lo había revelado la bonísima de su madre, ni él jamás lo había preguntado. . . . Sintió flojedad en todos sus miembros; se le enturbió la vista; depuso el fiero ademán; abandonó el campo, y se escurrió á largos trancos hacia su casa.

El hijo del Regidor sintió el goce de la derrota; miró con altivez á «Pajarito», que cabizbajo se alejaba, y exclamó para darle apariencia á su hazaña: «¡Quién no conoce á su padre debe desconfiar de su madre!»

Chencho, que no comprendía la retirada de «Pajarito», tan sin qué ni por qué, si entendió la doble injuria del engreído petulante, y sin andarse con muchos arremangos ni soltar chillones fieros, se plantó frente de Panchito, diciéndole con ironía:

«¡Yo si conojco á mi pápa y te voy á romper el jocico pa que te acuerdes de tu máma!»

Y á la amenaza unió tan duro, certero



y pleno torniscón que le rompió las narices al ofensor de «Pajarito.»

En viendo los muchachos que de las ventanas le salía la sangre á chorros, entonces amilanado Panchito, se hicieron cruces del suceso, abrieron las bocas en o, levantaron los brazos como aspas y exclamaron muy chillonamente:

«¡Chencho le ha sacáo el mole al hijo del Regidor!»

En tanto, «Pajarito,» de camino para su casa iba pensativo, doliente y humillado; fueron como una brusca y brutal revelación las palabras hirientes del hijo del Regidor; ahora le salía al rostro la pena que de años atrás traía dentro, muy dentro, lacerante y oculta, traidora y tenaz, sin saber qué era aquello que le anudaba la garganta y le humedecía los ojos. ahora conocía el por qué de su habitual tristeza, de su lloro amargo, de su quejido sin consuelo y de su dolor sin esperanza. ahora comprendía y glorificaba la envidia provocada por aquellos compañeros

que con legítimo orgullo tenían derecho á nombrar á sus respectivos padres. . . .

¿Mi padre? . . . . Y se le agolpaban, apenas formulada la pregunta inquiridora, ya en tropel, ya confusos, ya claros, todos los días infortunados de su niñez desvalida y pobre; pasaban en desfile doloroso las velas largas y los trabajos duros de su madre triste, austera y hasta huraña; y en todos estos conflictos, y en todas estas amarguras nunca oyó de boca alguna, ni aún de la cariñosa de la buena madre, el nombre ignoto de la persona á quien debía el ser; ignoraba cómo se llamaba, y cuando el cuitado huérfano iniciaba alguna conversación que llegaría en revueltas callejuelas á tratar del asunto tantas veces buscado, su madre la esquivaba y echaba todo á doce para huir el bulto y no dar en ello, cosa que metía más en dudas al inocente muchacho; de tal suerte creció «Pajarito» entre los comentarios de las vecinas que se hablaban al oído al verle pasar, y la



inconquistable y rehacia mudez de la infancia, el labio fervoroso de la autora, que se encastillaba en cerrarle cada sus días le enseñó á nombrar á Diosmino á la creciente curiosidad de su hijo con palabra reverente y sumisa, para imajo, dejando al rapaz ignorante de lo que le ploraba misericordia, á él, que es dueño al presente le importaba conocer, á Diosy árbitro de todas las cosas y del destino de sufrir una decepción y de aceptar el término de las criaturas humana deshonra descarnada, dura, implacable. . . . «¡Padre mío!» . . . «¡Padre Eterble que estigmatiza las frentes de los hombres!» . . . Y al infinito, en plegarias ino- desheredados. . . .

En una penumbra de misterios se hizo y su adoración infantil para aquel padre la claridad; del dolor que se mitiga con invisible, bueno, poderoso y omnipotente lágrimas, pasó al pensar obstinado que le daba el sustento cotidiano en el taladra el cerebro y ofusca el entendimiento; y por este barreno que abrió los días soleados y que velaba en las noches idea torturante, rápida y sostenida, pesadas y tranquilas, en cuyos silencios netró un rayo de luz que fué á alumbrar los días, á intervalos, se escuchaba el rudo tanto días de sombras siniestras, tanta golpe de la plancha, mientras los párpacos noches de soledades angustiosas. . . .

En su niñez, abandonada y humilde, nunca supo quién fuera su padre, y almejillas del abatido huérfano. . . . olvidó que pudiese tenerlo; el instinto le decía que en su madre estaba todo lo que contaba de más caro y querido se le ocultaba como un ludibrio el nombre en el mundo; en aquel desamparo de su padre, cuando en otros com-



pañeros de su edad era prestigio y honra que le echaran al rostro esta falta irreparable ostentarlo y proclamarlo? . . . . . mediable!

La duda con sus cavilaciones venía. Y volvía á reconstruir, al rayo de luz hondar y á envenenar la herida en que penetró en su cerebro, las lejanías que iba creciendo á medida que «Pañero» crecía, y que en estos momentos brumosas visiones de aquellos primeros días de escuela; el silencio que se hacía á su lado cuando se hablaba en fre-

En aquel delirio condenaba á sus mientes murmuraciones de su madre; redre; créala culpable y la despreciaba aquella gana de llorar que le para luego horrorizarse de tan innoble venía en tiempo poco pensado y por extraño sentimiento; á poca tregua, la cosa más baladí; la tristeza que le in-maba la resolución de preguntarle ¿adónde en medio del loco regocijo que le su pasado, de obligarla á confesar su fe comunicaban el contento y la algazara ta; de increparla, de inquirir por fuerza sus condiscípulos; ahora sabía por el secreto de su existencia miserable qué lloraba; ahora lo deploraba; ahora lo llevada encima como un harapo maldecía: ¡No tenía padre!

grosso de que todos hacen asco, levanta. ¡Oh qué dolorosa al par que benéfica tando compasión y sacando lástima revelación!

los pechos menos elementales. . . . . Por ella ya se sentía hombre, con fuer-

No le importaba la pobreza: no le faltaban suficientes y capaces para soportar taba el trabajo, ni las privaciones le faltaban los más recios y sofocantes trabajos de llán, ni las asperezas le intimidaban en su vida de abandono y de miseria.

humillaba no tener padre; le sonrojaba. Los desheredados salen de la patria.

BIBLIOTECA U. A. N. L.



potestad antes de tiempo; el infortunio es en ellos anticipado; cadena perpetua que los pega al remo temprano, sin ocasión de medir el espacio que los separa de la niñez para entrarse por la puerta de la pubertad, á encontrar la decepción que corta las alas del espíritu y á luchar con el vicio que abate y triunfa en aquellos seres que no son armados para la lucha feroz y encarnizada brega; de esos seres que no conocen de mimos, de caricias y de regalos; que sólo tienen por ejemplo patrimonio el trabajo rudo, la pena resignada y el desprecio insolente; van al calvario por una imposición del destino donde hay flores encuentran espinas; donde amor, despego; donde clemencia castigo; donde galardón, afrenta; donde recompensa, ultraje.

Así «Pajarito,» á los doce años establecido á ganarse el pan con el sudor de su frente, abatida y sangrada por las espinas de aquella corona que la ofensa del hijo del Regidor le puso, como

rey de burlas, ante la estúpida arrogancia de sus compañeros de escuela. . . . Si no tenía nombre que enaltecer, contaba con vergüenza que ocultar; y el trabajo, el glorioso trabajo que regenera y redime, le salvaría del ludibrio; y en la lucha por la vida, dejando el vellón en los ásperos zarzales como la oveja bíblica, ganaría el nombre que su padre le negara. . . .

Con toda esta mezcla alternada de prosopitos y altiveces, de humildades y de orgullos, llegó al término de su camino.

Doña Mónica, para entretenerse en sus faenas domésticas, cantaba unas de esas canciones populares que vuelan de boca en boca con las tornátiles alas de las mariposas; de su voz bronca, salía una que otra nota límpida, dulce y timbrada, cual si en su pecho quedara algún resto de alegría en el centro mismo de un páramo de infortunios. . . .

«Pajarito» detuvo el paso; escuchó embalsado la voz de su madre—que no hay



voz que más repercuta en el alma;—movió la cabeza con ímpetu brioso para alejar en esfuerzo supremo los contrarios pensamientos que le bullían en el cerebro, y se acercó resuelto con los ojos húmedos á la puerta; al ver llorar al hijo querido, la madre suspendió el canto que revoloteaba en sus labios; se echó en sus brazos abiertos por impulso maternal; lo apretó fuertemente contra su corazón para que sintiera los precipitados latidos, mientras las lágrimas rodaban menudas, lastimeras y amargas; al través de ellas vió «Pajarito» una mirada intensa de duda, de reproche ó de perdón, que, clara con fulgencias de astro en noche borrascosa, fué á iluminar las sombras que en tenebrecían el espíritu candoroso del desconsolado huérfano para despertarlo á las bruscas realidades de la vida!

## XII

—¿Qué hay de güeno, comadrita?

—Pué ya lo ve osté, compadre, tóo malo: yo trabajando duro que duro, con perdón de osté, como una mula, pa que Nicho aprenda y llegue hacer algo. . . .

—¿Y qué milagro que se deja osté ver? . . .

—No é nenguno. . . . ¿Y mi ahijáo?

—Ya ejtá hecho un hombrazo. . . . ora lo tengo en vacacione dende jace días. . . El probecito, como no tiene que dir á la ejeuela, se levanta tarde y se acueta temprano; en el día se va por aí á jugar con su amigo Chencho. . . .

—¿Y piensa osté volverlo á mandar á la ejeuela?

—¿Y por qué no? . . . El máistro me ha dicho que aelanta mucho y que con